

EL

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEBLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Fábula*, por don Jerónimo Lafuente.—*Sueño*, (continuacion), por doña Blanca Rosa Rodon.—*Pedro y Camila*, (continuacion), por Alfredo de Musset.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Labores*, por Pamela.

Con este número se reparte un abecedario y el pliego doce del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE TERCERA.

MADRE.

(Continuacion).

V.

MÉLIDA Á HONORIA.

C..... Julio de 18.....

¡Sí, amiga mía! sufro, y no quiero ni decirle á V. que no, porque mentiría; ni callárselo, porque su amistad y su cariño hácia mí, no menos que su sensatez y prudencia, bien merecen la confianza mas completa de mi parte.

Sufro, pero tranquilícese V. porque no puedo llamarme con justicia desgraciada: dichosamente Dios me ha dado tres hijos, y una madre tiene inefables alegrías que todo lo compensan: al ver el amor con que estos tres ángeles pagan mis desvelos, al contemplarlos dormidos tranquilamente bajo mi mirada que los envuelve con tanta delicia, con tanto júbilo, no puedo ni debo quejarme de su padre.

Y, sin embargo, amiga mía, Bautista no es ni lo que era en los primeros meses de nuestro enlace, ni lo que yo tenía derecho á esperar de

él: la ambicion que yo procuré despertar en su alma débil, para fortalecerla, para animarle al trabajo que conquista la gloria, ha crecido, y ha envuelto en las llamas de su inmensa hoguera todos los tiernos y delicados instintos de su corazón, devorándolos con desoladora rapidéz: ¡ha crecido! sí, ha crecido en talento mas de lo que yo nunca esperé: su inteligencia es hoy una luz, no como la débil llama que arde apacible y modesta debajo de un fanal: sino como la antorcha poderosa que todo lo anima é ilumina: le muestra caminos altos y desconocidos que la suerte le ha reservado; y llama miserias á todas las dulces y santas pequeñeces del hogar, á todos los gratos y suaves afectos de la vida.

¿Pero deberé yo quejarme de mi propia obra? ¡no, amiga mía! de todos mis dolores, de todas mis horas de soledad y de desvelo, solo saco dos consecuencias muy lógicas, aunque profundamente tristes: que la naturaleza humana es bastante pobre para no poder hermanar el profundo saber y la bondad humilde del cristiano, y que no es lo mejor elevarse sobre la multitud, para conquistar la felicidad.

Yo vivo bien sola, mi querida Honoria: temerosa de que el carácter irascible de Bautista me espusiera á humillaciones, he ido dejando mis amistades, y me he refugiado en el seno de mis deberes; y, sin embargo, la amistad me ha parecido siempre uno de los mayores bienes de

la humanidad, y sus manifestaciones los mas dulces pasatiempos de la vida.

¡Sí, amiga mia! yo era pueril, segundice Bautista, porque era feliz recibiendo á una amiga con la que hablaba de esos mil nadas que constituyen la vida de la mujer, y que se reducen á razonar sobre las flores, sobre este ú el otro libro, sobre esta ó la otra obra dramática: acerca del valor de un traje, ó de la hechura de un sombrero: yo era feliz, hablando con un amigo acerca de bellas artes, acerca de las bellezas del amanecer y de la noche, acerca de lo inútil de la guerra, de lo pernicioso de la ambicion de los hombres que gobiernan las naciones: y por la noche, de las ocho á las once, en mi pequeño alon, caliente y perfumado con aroma de lirio y de violeta, era yo dichosa, al verme al lado de mi marido, jóven entónce, modesto y apacible, y rodeados ambos de ocho ó diez personas sensatas, amables, y que nos apreciaban con todo el calor de la verdadera amistad.

Poco á poco y á medida que la inteligencia de mi esposo se desenvolvía, su carácter se hacia mas oscuro, mas irritable, mas discolo: rapidamente descendió desde la elevada cúspide de la buena y distinguida educacion al vergonzoso camino de la grosería, del menosprecio de los otros, de la soberbia vanidad de su propio mérito: nuestros amigos, al ver que le eran odiosos, desaparecieron uno á uno y poco á poco, como con pena de dejarnos: lamentéme un dia de la soledad que nos envolvia, y me respondió duramente:

—¿Para qué querias á esas gentes? solo servian para hacernos perder el tiempo.

—¡Perder el tiempo! ah! dónde hay un tiempo mas dulcemente empleado que el que se consagra á la amistad!

Hallámonos solos el uno en frente del otro: yo algo disgustada de la severa oscuridad á que queria reducirme mi marido: él resentido de la pena que se adivinaba en mis facciones: se quejó, yo creí que el derecho de la queja solo residia en mí, pero callé, y á la segunda noche que estuvimos solos, tomé mi bordado. Bautista tomó una luz y se encerró en su despacho para estudiar y para escribir.

Cansada de mi labor, fui á pasar un rato al cuarto de mis hijos, y leí á la luz de mi pequeña lámpara arrullada por aquellas respiraciones inocentes: al dia siguiente, volví é hice de esto mi mas dulce costumbre: un dia me dije que yo tambien podria escribir un libro para mis hijos y tomé la pluma empezándolo despues de

haber hecho la señal de la cruz, y lo he titulado: «Un libro para mis hijos.»

Hé aqui, amiga mia, el resumen de mi vida: cuidar de estos tres seres tan amados á mi corazón: cuidar de mi casa: un rato de labor de aguja, otro de música y lectura, y por la noche el retiro en mi paraíso, es decir, en el cuarto de mis ángeles. A mi derecha esta la camita de Felicia, con las cortinas casi cerradas: á mi izquierda las dos camitas de Edmundo y de Carlos, con una sola cortina casi corrida. Edmundo tiene el sueño ligero: de cuando en cuando abre los ojos, me mira, se sonríe y vuelve á dormirse.

Como en ninguna parte faltan malvados, aqui ha habido alguno que me ha dirigido anónimos acusando á Bautista de faltar á sus deberes de padre y de esposo, y de estar enamorado de una dama que ha llegado á la ciudad hace poco tiempo y á la que llaman la baronesa de Castellan: dicen que es una mujer de excelente educacion, elegante y distinguida: no creo lo que en esos escritos se me dice: si fuera verdad, lloraria y padecería mucho, pero sufriria mi infortunio con calma y dignidad, y sin dar lugar entre Bautista y yo á escenas que jamás deben presenciar nuestros hijos.

Basta ya por hoy, amiga mia: estoy fatigada y triste, lo que me sucede muchas veces, teniendo no pocas que volver la vista á mis hijos para cobrar valor: ahora todos mis deseos se reducen á ir á pasar un mes con ellos al lado de mi hermana.

MELIDA.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

FABULA.

Lanzado un duro guijarro

por la mano de un chiquillo,

hizo á un cántaro un portillo...

que el cántaro era de barro.

Esto al herido indignó,

y ardiendo en sed de venganza

contra el guijarro se lanza...

y el cántaro se rompió.

No ganará el débil nada

sin que cuanto ponga pierda,

pues siempre salta la cuerda por la parte mas delgada.

Jerónimo Lafuente.

SUEÑO.

(Continuacion).

Quién podía igualar los saraos que se daban en casa de Teodoro?... ¡Nadie! ¿Quién podía competir con la bella Laura? Nadie tampoco. La jóven cumplía lo que su imprudente madre le habia mostrado como deberes; en cuanto á los que forman la obligacion de ama de casa y esposa amante y solícita... los ignoraba completamente. Mas, á pesar del fausto que la rodeaba, á pesar de oírse proclamar reina de la hermosura y buen gusto, Laura distaba mucho de ser feliz. Cuando se retiraba á su dormitorio, se dejaba caer en un divan y permanecía horas enteras sin moverse, con la mirada perdida en la techumbre del aposento y los brazos caidos á lo largo del cuerpo. ¿Qué podía faltar á la jóven para ser dichosa? ¿Cómo no se revelaba en su semblante la alegría que le pudieran dar sus repetidos triunfos?... ¡Oh! Es que la sociedad no puede darnos lo que constituye la verdadera dicha; es que Laura comprendía que le faltaba *algo* para llenar el terrible vacío de su alma, para hacerle mas delicioso el paraíso que habitaba, para no permanecer la mayor parte del tiempo entregada á una tristeza inmotivada y cruel. Pero este *algo*, ¿qué era?... La pobre criatura no podía adivinarlo, y no obstante, se hallaba bajo el mismo techo que ella... Este *algo* era el corazón de su esposo!

Pero ya lo hemos dicho; la jóven ignoraba que este era el remedio de su mal; no sabía que al lanzarnos Dios al mundo nos dota con una compañera que goza con nosotros y con nosotros sufre; no sabía que si nuestra alma no se une á otra, languidece y muere, cual la pobre florecilla que no percibe el rocío. Laura sentía en su corazón el hastío mortal que produce todo frívolo placer, pero no sabía combatirlo. Si comenzaba á tocar una pieza de ópera en su magnífico piano, á los dos ó tres compases la dejaba murmurando: «¡oh! ¿para qué toco?» Si comenzaba á dibujar una flor, esclamaba con el mis-

mo disgusto: «¿para qué?»... y abandonaba el lápiz para entregarse á la vaga melancolía que absorbía su alma, sin hallar la re puesta de ese «para qué» tan significativo. Y trascurrían los meses y Laura no llenaba el vacío que notaba en su corazón. Poco tiempo despues, la jóven dió á luz una hermosa niña, pero este nuevo presente del Supremo Hacedor solo sirvió de pretexto para nuevas fiestas, nuevos gastos. A pesar de las advertencias de la prudente Agueda, la niña tuvo su nodriza. Es tan prosaico que una madre crie á su hijo...! Así es que Laura cerró su alma á estos nuevos y puros goces, como se negó á explorar el vasto y fecundo campo que se le presenta á la esposa. ¡Oh! comprendo muy bien que dos seres que se aman y se hallen separados, vean agitarse entre ellos la tea de la discordia, y muchas veces no puedan apagarla; pero entre dos esposos, que viven bajo el mismo techo, que pueden comunicarse sus pensamientos cuando estos broten en su mente, que pueden borrar con una apasionada caricia el efecto producido por una palabra imprudente... ¡oh! lo hallo inesplicable, incomprensible! Estoy persuadida de que la esposa puede hacerse amar, si tiene empeño en ello; todo contribuye al buen resultado de su tarea. y no tiene que hacer grandes esfuerzos, no necesita otro auxiliar mas que un verdadero deseo de cumplir su delicada misión, para obtener los mas brillantes resultados.

¿Poseía Laura este deseo?... Para ello hubiera sido necesario que la jóven amara á su esposo, y ya sabemos que no estaban ligados con este sublime lazo. Quizás si Teodoro hubiera tocado aque'la alma aletargada, esta hubiera despertado, hubiera salido del sopor que la dominaba y, cual una hada benéfica, trocado en perfumadas flores los abrojos que hallara en su camino; pero Teodoro, injusto como casi todos los de su sexo, condenó sin experimentar; juzgó á su esposa una bella estatua, y creyéndola incapaz de comprenderle, buscó la dicha donde no podía hallarla.

Un año trascurrió de este modo; durante él, se agotó el capital de Teodoro, pues el imprudente jóven, no pensando en el porvenir, destruía cruelmente el legado de su padre. Mas, al mismo tiempo que sus riquezas, desapareció su dicha, sumergida en el terrible abismo del desencanto, del hastío homicida que se apodera siempre de todo ser que se entrega en brazos de efímeros placeres. Teodoro no contaba aun trein-

ta años y ya la vida le pesaba, cual una carga insoportable; su carácter alegre y sociable se había trocado en irascible y sombrío; la frase mas inocente, la creía una burla premeditada y no vacilaba en exigir reparacion en lo que él llamaba *campo del honor*. Pero lo que el pobre joven buscaba era pasar al no ser... anhelaba morir, porque la vida le era odiosa, sin tener un fin, un objeto á quien consagrarla. Su deseo se realizó; el joven tuvo un desafío y se dejó matar. Sus amigos le condujeron á su casa, y al comunicar la triste nueva á la joven viuda, esta cayó sin conocimiento en brazos de sus criadas.

Cuando Laura volvió en sí, ya era de noche; se lanzó del lecho y prohibiendo que la siguieran, se dirigió donde habían colocado el cadáver de su esposo. La habitacion estaba desierta y doce hachones lanzaban esa luz vaga é incierta que reviste á los objetos de formas fantásticas, imprimiéndoles con su oscilacion un movimiento continuo.

En medio de aquel fúnebre aparato, resaltaba mas la varonil belleza de Teodoro. Por vez primera reparó Laura en los hermosos cabellos negros del joven, que coronaban una frente ancha y bien formada. La expresion dulce y resignada que había adquirido en sus últimos momentos, daba mayor realce á este conjunto, y su boca, ligeramente entreabierta, parecia que iba á murmurar alguna queja, por aquella muerte prematura.

Un sudor frio y una congoja terrible se iban apoderando de Laura, la que se había detenido frente al cadáver y le contemplaba con honda desesperacion. ¡Oh! Es preciso haber amado, es necesario verse arrebatado de entre los brazos al ser que forma nuestra dicha, para comprender todo lo que encierra de terrible y desgarrador esta palabra, esta ley inexorable que se titula: muerte. Cuando cae sobre un ser que nos pertenece, nuestro dolor es mas terrible, mas intenso, por lo mismo que es mas impotente, y en el frenesí que nos domina y perturba nuestra débil razon, quisiéramos que el destino tuviera forma corpórea para deshacerlo en un instante, ó bien deleitarnos en hacerle víctima de un lento y cruel suplicio. Y este anhelo de hallar una causa de nuestra desgracia, es el que nos hace encontrar siempre la culpa donde menos está. Los médicos pagan por lo regular. Pero ni este recurso le quedaba á Laura; la joven no sabia en quien descargar la culpa de aquella desgracia; estaba anonadada.

—Oh, Dios mio! ni su juventud, ni su belleza se han conmovido; ¿por qué has muerto Teodoro?... murmuró la joven. Como por respuesta á esta pregunta, Laura recordó estas pala bras «Señorita, haceos amar por vuestro esposo; no olvideis jamás los sagrados deberes que teneis que cumplir, porque, de lo contrario, sereis muy desgraciada, querida niña.»

Un gemido de dolor salió del desgarrado pecho de la joven, que continuó recordando los consejos dados por Agueda. El velo, que había cubierto sus ojos, cayó, y Laura vió con horror lo culpable que era; entonces comprendió que la mujer no debe ceñirse á brillar, sino que primero debe atender á la felicidad del hombre que le entrega su porvenir con su mano y su corazón; entonces comprendió cuál era el objeto que necesitaba para llenar el vacío que sentia en su corazón, recordando al mismo tiempo que nada había hecho ella para alcanzarlo. La conciencia de la joven se alzó acusadora é inexorable, y el infeliz criatura creyó ver frente á ella un ángel con la faz triste al mismo tiempo que severa, señalándole el cadáver de Teodoro y murmurando una frase terrible, que sonaba en sus oídos, cual un fuerte golpe en un ataud. Esta frase hallaba eco en todos los ámbitos de la habitacion y la joven, muda de terror, oía por todos lados el grito de: ¡Asesino! que sin piedad le lanzaban al rostro.

—Oh, Virgen santa! murmuró la pobre Laura pasándose la mano por la frente cubierta de un helado sudor. ¡Piedad, madre mia! ¡Perdon, Teodoro, perdon!

Y cayó de rodillas sollozando amargamente. De pronto, cesaron sus sollozos, y abandonando la postura en que se hallaba, con paso firme y resuelto se adelantó hácia la tumba.

(Se continuará).

Blanca Rosa Rodon.

PEDRO Y CAMILA,

POR ALFREDO DE MUSSET.

(Continuación.)

Cuando las pequeñas amigas de Camila estuvieron en edad de recibir las primeras instrucciones de una aya, la pobre niña empezó á

manifestar una gran tristeza porque no se hacía por ella lo que por las otras: había en casa de un vecino una vieja institutriz inglesa que hacía deletrear con gran trabajo á un niño, y le trataba severamente: Camila asistía á la lección, miraba con asombro á su pequeño camarada, y seguía con los ojos sus esfuerzos: deseaba ayudarle y lloraba con él cuando le reñían.

Las lecciones de música que se daban á sus amigas fueron para ella motivo de una pena mucho mas viva: de pié al lado del piano estendía y revolvía sus pequeños dedos, mirando á la maestra con sus grandes ojos que eran muy negros y muy hermosos: parecía preguntar lo que era aquello, y golpeaba las teclas de una manera al mismo tiempo dulce é irritada.

La impresion que los seres ó los objetos exteriores producian sobre los otros niños, no parecía sorprenderla: pero cuando ella les veía mostrar con el dedo estos mismos objetos, y cambiar entre ellos ese movimiento de los lábios que para ella era ininteligible, entonces volvía á empezar su tristeza; se iba á un rincón del jardín y con una piedra ó un pedazo de madera, trazaba casi maquinalmente sobre la arena algunas letras mayúsculas, que había visto señalar á los otros y que ella consideraba atentamente.

El rezo de la noche era para Camila un enigma, que se parecía á un misterio: se arrodillaba como los demás y juntaba las manos sin saber porqué: el caballero veía en aquello una profanación.

—Quitad de aquí á esta niña exclamaba: evitad esta impía ridiculez.

—Yo tomo sobre mí el pedir perdón á Dios, respondió un día la madre con el acento de la desesperación.

No solamente los otros niños se aproximaban á ella con cierto temor, sino que evitaban encontrarla con aire de desprecio. Acontecía alguna vez que uno de ellos con esa falta de compasión, de que habla La Fontaine, la hablaba largo tiempo, y la miraba cara á cara riéndose y pidiéndole respuesta.

Camila contaba ya cerca de doce años, y aun miraba á los niños bailar bulliciosamente formando rueda: sola y retirada, apoyada sobre un banco, llevaba el compás meciendo su linda cabeza sin pensar mezclarse en el grupo, pero llena de tristeza.

La coquetería se muestra desde temprano en

las mujeres, pero Camila no daba ningún indicio de ella.

—No gusta de galas, y sin embargo, qué bellas! decía Cecilia á su marido: y al mismo tiempo hacía señas á su hija para hacerla andar delante del caballero, á fin de que este viese mejor su talle, que se empezaba á formar, y su aire aun infantil, que era encantador.

A medida que adelantaba en edad Camila, se apasionaba no por la religion que no conocía, sino por los templos: tal vez tenía ella en el alma ese instinto invencible, que hace que una niña de doce años conciba el proyecto de tomar el hábito, de buscar lo que es pobre y lo que sufre.

Camila se sumergía cada vez mas en una tristeza profunda: la imagen de la Virgen: el niño de coro, cuyo viejo sobrepelliz cubría la sotana y que pedía para el culto: el grave bedel escitaban en ella una melancólica atención, y era en la iglesia donde hallaba la paz y el bienestar.

IV.

—Mi hija es muy bella! repetía el caballero con profunda tristeza: y Camila lo era en efecto.

En el perfecto ovalo de un rostro regular, en los rasgos de una pureza y de una frescura admirables, brillaba, por decirlo así, la claridad de un buen corazón: Camila era de regular estatura, algo pálida, pero muy blanca, con largos cabellos negros: cariñosa, activa, tenía el mas bello natural: era triste con dulzura y casi con negligencia: llena de gracia en todos sus movimientos, de ingenio, y algunas veces de energía en su pequeña pantomima, singularmente industriosa para hacerse entender, viva para comprender, y siempre obediente, cuando comprendía: el caballero se quedaba alguna vez mirando á su hija mudo de admiración: tanta gracia y hermosura junto á tanta desgracia estaban á punto de perturbar su espíritu. Se le veía abrazar con frecuencia á Camila, con una especie de transporte, y alejarse despues de ella murmurando:

—Soy un hombre malvado!

Había una calle en el fondo del jardín, donde el caballero tenía la costumbre de pasearse despues de almorzar: desde la ventana de su cuarto, Mme. de Arcis veía á su marido ir y venir entre los árboles: pocas veces iba ella á encontrarle: miraba con una tristeza llena de amargura á aquel hombre, que había sido para ella

mas bien un amante que un esposo, del que jamás había recibido un reproche, á quien ella no había nunca tenido uno solo que hacer y que no tenía ya valor de amarla porque era madre desgraciada.

Una mañana fué á su encuentro: se trataba de un baile de niños, que debia tener lugar en un castillo vecino. Mme. de Arcis queria llevar á Camila: deseaba ver el efecto que producía sobre el mundo y sobre su marido la belleza de su hija: había pasado algunas noches sin sueño, pensando en el traje que le pondría: Cecilia había formado sobre su proyecto las mas dulces esperanzas. Será preciso, se decía, que se enorgullezca al verla tan linda, al ver que todos los padres y madres nos la envidian: porque ella será la mas bella de todas las niñas allí reunidas.

Así que el caballero vió á su mujer, se adelantó hacia ella y le tomó la mano que besó con una ternura y una galantería que había conservado de su estancia en la corte, y de la que no se olvidaba nunca a pesar de su ingenuidad natural: los dos esposos continuaron juntos su paseo.

Mme. de Arcis buscaba de qué manera pondría á su marido que le permitiese llevar á su hija al baile, rompiendo así la determinación que había anunciado después del nacimiento de Camila de no ver mas el mundo. El solo pensamiento de exponer su desgracia á los ojos de los indiferentes, ó de los maldicientes, ponía casi fuera de sí á Mr. de Arcis, y había anunciado formalmente su voluntad, sobre este punto. Era, pues, preciso que Mme. de Arcis encontrase un pretexto cualquiera para hablar de su designio.

El caballero parecia reflexionar tambien: él fué el primero en romper el silencio: un negocio sobrevenido á uno de sus parientes, dijo él á su mujer, venia á ocasionar grandes desórdenes de fortuna en su familia: era importante para él vigilar á las gentes encargadas de las medidas que se debían tomar: sus intereses, y por consecuencia los de Mme. de Arcis, corrían el riesgo de comprometerse por falta de cuidado: en una palabra, anunció que estaba obligado á hacer un corto viaje á Holanda, donde debia entenderse con su banquero: añadió que el negocio era estremadamente urgente, y que pensaba partir en la siguiente mañana.

Mme. de Arcis quedó aterrada: el caballero estaba bien lejos de imaginar el abandonar á su esposa; pero á pesar suyo, experimentaba una necesidad irresistible de aislarse durante

algun tiempo, hasta que pudiese volver mas tranquilo. Todo verdadero dolor ocasiona al hombre este deseo de soledad.

Mme. de Arcis fué tan dolorosamente sorprendida, que no respondió mas que por esas frases indiferentes, que siempre suben á los labios cuando no se puede decir lo que se piensa: sin embargo, á costa de una violencia espantosa, pudo manifestar tranquilidad aconsejada por su altivez; pero en tanto que hablaba, el dolor le oprimía el corazón, y alegando cansancio se sentó sobre un banco: allí quedó por largo rato sumergida en un letargo profundo, con las miradas fijas, las manos caídas. Mme. de Arcis no había conocido hasta entonces ni grande alegría ni grandes placeres: sin ser una mujer de un talento elevado, sentía con vehemencia; su matrimonio había sido para ella una dicha del todo imprevista y nueva: una hermosa luz había brillado ante sus ojos, en medio de largos y helados dias, y ahora la noche la rodeaba.

Los dos esposos permanecieron en un silencio violento: Cecilia quedó por algun tiempo pensativa: el caballero se mostraba impaciente por volver á casa; Mme. de Arcis se levantó al fin, tomó el brazo de su marido, y se volvieron juntos.

Llegada la hora de comer, Mme. de Arcis envió á decir que se encontraba indispuesta y que no la esperasen: arrodillóse ante su reclinatorio y permaneció allí hasta la noche. Su doncella entró muchas veces, pues había recibido de Mr. de Arcis la orden secreta de velar sobre ella; pero Cecilia no respondía á lo que le decía: hacia las ocho de la noche llamó, pidió el traje mandado hacer para su hija, mandó que enganchasen el caballo al carruaje, é hizo advertir al mismo tiempo á su marido que iba á salir y que le suplicaba que la acompañase.

Camila tenía el talle de una sílfide: un vestido de muselina blanca bordada, zapatitos de satén blanco, un collar de perlas, una corona de acianos, componían el traje de Camila que se miraba con orgullo y saltaba de alegría: su madre, vestida con un traje de terciopelo negro, tenía á su hija en la falda cuando su marido se presentó.

Mme. de Arcis, sin ninguna emoción aparente, preguntó á su marido si la acompañaba al baile de niños; por toda respuesta le presentó este el brazo y dió la mano á Camila bajando para tomar el carruaje.

Esta era la primera vez que se veía á Cami-

la desde hacia mucho tiempo: se había oído hablar mucho de ella, y la curiosidad dirigió todas las miradas hacia la niña, desde que apareció; Mme. de Arcis no demostró ni embarazo ni inquietud: después de los cumplimientos de costumbre, se sentó con el aire de la mayor calma, y mientras cada una seguía con los ojos á su hija con una especie de asombro, ó un aire de interés afectado, ella la dejó en libertad en el salón sin parecer pensar en ella.

Camila volvió á encontrar allí á sus pequeñas compañeras: corrió ya hacia una, ya hacia otra, como si hubiese estado en el jardín: todas, sin embargo, la recibieron con reserva y con frialdad; el caballero, de pie á un lado, sufría visiblemente. Sus amigos se llegaron á él, alabando la belleza de su hija: personas extrañas y aun desconocidas, le hacían cumplimientos: él comprendió que se le consolaba y apenas podía dominar su disgusto: sin embargo, á la vista de las simpatías que su hija conquistaba, se tranquilizó algún tanto, y hasta sintió alguna alegría; después de haber hablado por gestos casi á todos, Camila se había quedado de pie al lado de su madre: y todos las miraban con benevolencia y con cariño. La niña había saludado con graciosas reverencias: había enviado besos á las madres de sus pequeñas amigas en la punta de sus rosados dedos, y al volver á su sitio empezaron á admirarla. Nada, en efecto, era más hermoso que aquella criatura; su talle, sus facciones, sus largos cabellos rizados, sus ojos, de un brillo incomparable, sorprendieron á la concurrencia. Al mismo tiempo que sus miradas ensayaban adivinarlo todo, y sus gestos decirlo todo, su aire reflexivo y melancólico prestaba á sus menores movimientos, á sus maneras de niña, y á sus actitudes, cierto aspecto de triste grandeza: se aproximaron á Mme. de Arcis; la rodearon, se propusieron mil cuestiones por gestos á Camila: al asombro y á la repugnancia, habían sucedido una benevolencia sincera, una franca simpatía. La exajeración llegó detrás de la injusticia: todos aseguraban que no se había visto jamás tan encantadora niña: nada había semejante, nada tan hermoso como ella. Camila alcanzaba, en fin, un triunfo completo que estaba lejos de comprender.

(Traducción).

(Se continuará.)

María del Pilar Sinués de Marco.

REVISTA DE LA SEMANA.

Agua del cielo. — *El suplicio de una mujer.* — Los soldados á plomo. — Y nada más por ahora.

Agua y más agua; llover y más llover; esto es ni más ni menos lo que constituye la hoja de servicios de la semana que acaba de espirar, á Dios gracias.

Las calles están tan blandas, tan blandas, que dá lástima verlas, y puedo asegurar á ustedes que, aunque no soy aficionado á escenas sentimentales, hoy por hoy me basta salir á la calle para andar en pasos tiernos.

Mentira parece que en una sola semana se presenten en Madrid tantos hombres al agua.

Y es que el agua viene á buscarnos y tenemos que sufrirla, y nos pone perdidos, pero ¿qué remedio? hay que aguantarla una vez y otra como quien conoce el origen de tal asiduidad; en fin, como que llueve sobre mojado. Forzoso será ir al teatro en barcos, decía la otra tarde una amiga mía.

A lo cual dije yo para mí: ojalá hubiera yo tenido que ir en barco al teatro del Circo, hace algunas noches, y hubiera naufragado en la travesía; de este modo hubiese logrado llegar á la plazuela del Rey, tarde y sin daño, lo cual no conseguí llegando á tiempo.

Hablemos del *Suplicio de una mujer*.

Y hablemos, en confianza: figúrense mis lectoras que esto no es un artículo, sino una conversacion familiar. Se trata de una mujer que falta descaradamente á sus deberes de esposa; que hace entrar al amante en su casa, en la casa de su marido; que ha llevado su desvío hasta el extremo de ocultar á su marido el nombre del verdadero padre de su hija; que... Pero no necesito decir más; solamente al oírme decir esto, asoma ya el rubor á las mejillas de mis lectoras; la indignacion á los ojos de sus madres, el desprecio al rostro de sus padres queridos.

Ya he advertido que esto no es un artículo, sino una conversacion familiar; y apesar de esto se ruborizan ustedes, se indignan.... pues bien; sepan lo que no debieran saber, pero que yo no puedo ocultar, porque ya per-

tenece al público; aquellas repugnantes escenas se han representado en un teatro, ante un público escogido, compuesto de hijas, de padres, de madres y de esposas.

¿Se puede ver mas? ó mejor dicho, ¿se puede ver menos? Sí; aun se puede ver mas: aun se puede ver media docena de periódicos que elogian tan admirable cuadro de *costumbres*; media docena de actores que hacen la obra, y media docena de espectadores que aplauden y sobreponen al fondo, la forma; al asunto, el estilo; á la moral, la moda del vicio.

Con otra media docena de obras parecidas á esta, hemos dado con el matrimonio en tierra.

Comprendo á mi amiga Elisa, saliendo del teatro y esclamando: ¡qué *suplicio*, Dios mio, qué *suplicio*!

Comprendo á mi amigo Roman gritando: ¡qué *mujer*, válgame Dios, qué *mujer*!

Comprendo á cualquier padre de familia huyendo de la sala y murmurando: ¡qué insulto, ira de Dios, qué insulto!

Corramos un densísimo velo.

El contraste constituye la poesía de la vida; la humanidad es una escala de música; al lado de la nota grave, la nota agudísima; al lado del *sol*, las tinieblas; al lado del *si* que electriza, el *no*, que desespera.

Y al lado del *Suplicio de una mujer*, los *Soldados de plomo*.

Pocas veces he visto al público aplaudir de tan buena fé como la noche del lunes. Pocas veces le he visto reir de tan buena gana, ni llorar con tan buenos ojos; y ¿por qué? Porque dias antes se habia desesperado viendo miserias del hogar, infamias de la familia, y ahora se conmovia oyendo palabras de dulcísimo consuelo. Estaba oyendo que el amor interesado no es amor, sino negocio; que el trabajo es la senda de la felicidad; que el vicio en carretela es siempre *vicio*, y que la *virtud tiene tan poco peso, que puede llevarse á pié*; que un millon, sin felicidad, es una cosa que no vale dos pesetas; en una palabra, que la vida.... veamos si yo acierto con una frase... la vida del hombre de bien, es un círculo, cuyos tres puntos mas notables son estos: *amor, virtud, trabajo*. Esto lo ha dicho

al público el señor don Luis Eguilaz; y, como era de esperar, el público le ha llamado, ha querido saludarle como á un mensajero de la buena nueva y ha querido darle una gloria mas para su corona, y una corona mas para su gloria.

Los soldados de plomo es una comedia de propaganda, pero de propaganda noble y generosa. Es una obra pensada muy bien, representada á tiempo y ejecutada admirablemente. Aconsejo á mis lectoras que la vean, y no han de dejarme por embustero.

¿Qué mas ha sucedido en la semana? Nada que merezca la pena de contarse.

Los que huyeron de la epidemia vuelven á que les contemos lo que aquí ha pasado.

Nosotros debemos callar y castigar de ese modo á los curiosos. Asi lograremos que no sepan tantos horrores, y en el castigo les hacemos un beneficio. Y digo un beneficio, porque es muy probable que, aunque contásemos la verdad, los valientes tomáran las noticias á beneficio de inventario.

Soy de Vds., con la mas distinguida consideracion, hasta la semana próxima.

Eusebio Blasco.]

LABORES.

Con este número y accediendo á varias indicaciones que nos han hecho algunas de nuestras amables suscriptoras, repartimos un lindísimo abecedario.

Se borda á plumetis y sirve para marcar almohadas, mantelería, etc., etc.

Si se quiere aprovechar el dibujo para pañuelos, habrá que reducir un poco el tamaño de las letras.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—imp. Española, Uvijsa, 11.

	<p>EL ANGEL DEL HOGAR</p> <p>ADMINISTRACION Y REDACCION</p> <p>Calle de Trujillos nº 3. cuarto 2º Madrid.</p>				
					
					
					
					